

Y EXTREMADURA SE HIZO POESÍA

AND EXTREMADURA BECAME POETRY

Carmen Fernández-Daza Álvarez

Centro Universitario Santa Ana (Almendralejo)

RESUMEN: Quizás no exista con anterioridad a 1839 en toda la historia de la literatura escrita en Extremadura un autor tan profundamente arraigado a su tierra como lo fuera Carolina Coronado. No sólo porque su obra se escribiera casi por completo en Extremadura, ni porque ningún otro creador sintiera con tan profundo vigor la identidad cultural, geográfica o histórica de la región como lo hiciera la Coronado, es mucho más: la fuente de inspiración para la autora almendralejense es Extremadura, en sus paisajes, en sus gentes, en sus héroes y en su historia, en sus defectos y virtudes, en la pelea por su desarrollo económico e intelectual. Y toda la pasión de esta mujer por su tierra se vertió en su obra literaria, también en sus versos, para elogiarla, para censurarla, para exhortarla a salir de su tedio y olvido.

Palabras clave: Carolina Coronado, Extremadura, poesía, identidad cultural.

SUMMARY: Perhaps before 1839 an author so deeply rooted to her homeland as Carolina Coronado was, had not existed in all the history of written literature in Extremadura. Not only because nearly all her works were written in Extremadura nor because no other creator felt their cultural identity both geographic and historic of the region with such profound vigour as Coronado did, it is much more: the source of inspiration for the authoress of Almendralejo is Extremadura, in its countryside, in its people, in its heroes and in its history, in its defects and virtues, in its struggle for economic and intellectual development. All the passion of this woman for her homeland was poured into her literary work, also in her poetry, to praise her, to censor her, to exhort her and to liberate herself from boredom and oblivion.

Keywords: Carolina Coronado, Extremadura, poetry, cultural identity.

**ACTAS DE LAS III JORNADAS DE ALMENDRALEJO Y TIERRA DE BARROS
(18-19 de noviembre de 2011)**

Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2012, pp. 51-88.

Hasta la irrupción de una mujer en la literatura española el año de 1839, nadie con anterioridad había deslizado de manera tan apasionada y caudalosa el manantial de Extremadura en sus escritos, ni nadie lo había hecho con un sentimiento extremeño tan intenso, con tanta modernidad a veces.

Antes de 1839 ciertos escritores extremeños habían reflejado de manera tímida el recuerdo de la tierra que les viera nacer, en fragmentos aislados o en evocaciones concretas, entre el correr de su más ancha creación. Sabemos así de las referencias de Vasco Díaz Tanco o del reflejo social del quinientos que proyecta el teatro de Diego Sánchez de Badajoz; conocemos algunos cuentos populares gracias a Luis Zapata y abundantes refranes merced al gracejo de Sorapán de Rieros; nos gozamos con el beatus ille zafrense de Cristóbal de Mesa y con las tenues alusiones a la geografía y a los paisajes extremeños realizadas por Juan Antonio de Vera, y extendidas a sus gentes ilustres, en siempre obsesión genealógica; se desliza la tierra en las composiciones de Gregorio de Salas, y compartimos el recuerdo de la Extremadura necesitada y pobre que sugiere Meléndez Valdés. Pero hasta la llegada de Carolina Coronado nadie había sido en la tierra y por la tierra de una manera tan decidida. Carolina es Extremadura y Extremadura se hace literatura. En Extremadura nace, crece, aprende a leer, lee y en Extremadura gesta la casi totalidad de su obra literaria. No deja de ser una ironía que en 1852, una vez la poetisa se instala definitivamente en la Corte, fenezca casi por completo su actividad creadora, se agoste el manantial que había nutrido su palabra. Iremos bebiendo de este manantial, que hemos dividido en tres apartados que dicen de la naturaleza y de los personajes extremeños y señalan la reivindicación del progreso para la tierra.

La Naturaleza Extremeña:

Pocos autores han arrastrado hasta sus versos una riqueza tan singular en el trasponer sobre el papel, mediante la creación literaria, no sólo la contemplación del entorno sino la pasión y la identidad con la naturaleza.

El tintero todo se transformaba en ese arrebató íntimo, el que para el alma de la mujer poeta y pintora reportaban sus campos, la vegetación exacta en ellos existente, los arroyos y las aguas en tormentas y granizos, los astros sembrando el cielo extremeño, sus tonalidades, porque Carolina era plenitud en el campo, naturaleza viva ella misma en la naturaleza. Rezuman los versos el conocimiento de quien escribe desde ese campo extremeño, desde la llanura de Almendralejo, la dehesa de Matamoros en Bótoa o la

finca La Jarilla en Nogales; rezuman la sabiduría de la poeta pastora o campesina (como se apodó a veces) que vive el emigrar de las aves, las idas y venidas de las estaciones, con los anuncios de las cigüeñas, las golondrinas o los caracoles, con el mudar de los colores y los paisajes. Quiso repetidamente dejar constancia de sus gustos: su pasión por la primavera (sobre todo mayo) y también, de su temor por el otoño y de la muerte que el estío significaba; quiso participarnos las flores que le eran más gratas (la zarza-rosa, la clavellina, el espino o la siempreviva) y quiso ser de Extremadura la voz en letras de su naturaleza. Poeta de las flores, no son sus ramilletes delicados capullos cultivados en jardines: es todo un recrear la belleza de lo silvestre, la vegetación de un entorno privilegiado: los juncareales, la clavellina, los lirios, las lilas, las amapolas, los girasoles, el rudo espino, la rubia espiga, la siempreviva, los almendros, los olivos, las acacias, los zarzales, las adelfas, y sobre todo la encina. Los ejemplos son cuantiosos. Mencionemos casi al azar “A la soledad”, “Melancolía”, “El espino”, “La luz de primavera”, “Meditación” o “Una despedida”, que finaliza con esos dos versos tan expresivos, verdadero testimonio de amor por una tierra: “Yo gusté harta ventura:/ bebí en tus fuentes y besé tus flores”.

Naturaleza y conocimiento

No es el de Carolina un paisaje fingido sino un paisaje de la sabiduría, de quien vive en la naturaleza, en el entorno rural, pero sobre todo de quien ama y conoce la naturaleza. De hecho será el argumento que con tanta ironía como inteligencia esgrima Carolina Coronado ante los ataques machistas de Antonio Neira de Mosquera.

El escritor en varias ocasiones había censurado como ñoña y lastimera la poesía de la de Almendralejo, y sobre todo había criticado el uso y abuso de una ternura lírica cuajada de idilios y salpicada con aves y flores. Algunas de las palabras de Neira, que también aluden a la conocida caricatura de Ayguals de Izco (Carolina travestida de hombre) dicen así:

Aunque fue vestida esta actriz de hombre por La Risa, no pasa de una mujer que se desconsuela por todo... menos por las recomendaciones de los periódicos. Lloro por la desaparición de la Primavera, por la desaparición del Estío, por la desaparición del Otoño y por la desaparición del Invierno. Para que fuese feliz no debía haber en la tierra estaciones: aun en los polos tomaría el ladrido de un perro de los esquimaux por un gemido. Acompaña en su despedida a las golondrinas, a las grullas, a las alondras y a los patos. Su ternura lírica se hace a veces trivial, porque esta actriz abusa de todas las monerías del sentimiento.

Imaginamos, podemos imaginar, la reacción de Carolina... Al punto, pluma en mano, Neira salió peor parado en las octavas reales que la Coronado ideó para contestar a los ataques proferidos por el escritor satírico: la defensa de la poesía rural por parte de la autora extremeña y sobre todo su conocimiento de la naturaleza y las aves (que no todas son dulces y melifluas), iban a ser pretexto para hilar un poema feminista: patos y grullas (que son como los hombres) o golondrinas (como las mujeres) se convierten en objetos para la poesía, más elevados, quiere decir la autora, que las supuestas grandezas de ciertos varones que la historia nos acerca. Carolina Coronado repasa del sexo masculino las hazañas, que bien conocidas parece le eran: la avaricia, la lujuria, el libertinaje, el poder y la guerra. Y Carolina, esa “ruda campesina”, que así se apodará con ironía en otros poemas (sea en la “Fe Perdida”, contestación a las burlas que los ateos le regalaban), escribió a Neira:

Ya, Neira, despedí a la *golondrina*
que en el techo campestre haciendo el nido,
mansa, inocente mi compañía ha sido
en la estación risueña que termina;
la *grulla* en cambio ya vino dañina
el fruto a destrozar recién nacido
que en este yermo a fuerza de sudores
lograron cultivar los labradores.

El *pato* en enturbiar las claras fuentes
de este valle purísimo obcecado
revuelve con el fondo encenagado
los graciosos espejos transparentes;
¡lástima que desdeñe las corrientes
de un brillo tan hermoso y azulado,
donde lucir pudiera entre la espuma,
por hundir en el fango el alba pluma!
[...]

¿Hay en mi tierra hermosos olivares
formados como tropas, en hileras?
Pues a dañar su flor a sus praderas
vienen bandos de *grullas* a millares.
¿Hay arroyos que van entre juncas
retratando el verdor de esas laderas?
Pues acuden los *patos* a bandadas,

¿aves éstas nos son civilizadas?

¿Qué más da que en mi lira sean cantados
hombres o *grullas* si en diversos nombres
disfrazadas las *grullas* van de hombres
y los hombres de *grullas* disfrazados?
¿Por qué han de ser los *patos* desdeñados
si los hombres tal vez con sus renombres
viviendo en bacanales, como en cieno,
no fueron ni más puros ni más buenos?

¿Qué más da pues que yo cante los hechos
con mi endeble laúd, mi voz de niña
de las aves que pueblan la campiña
y las aves que habitan bajo techos?
Con iguales instintos y derechos
todas viven del daño y la rapiña;
soldados-*grullas* talan los sembrados
y las ciudades ¡ay! *grullas* soldados.

Galanes *patos* de la fuente empañan
el manantial que beben los pastores,
patos galanes, *patos* impostores
en las virtudes la calumnia ensañan;
hombres-patos, en fin, sus alas bañan
en fétidos pantanos corruptos;
patos-hombres sepultan en orgías
su bella juventud, sus bellos días.
[...]

Lo mismo da las aves que los hombres,
lo mismo el campo da que las ciudades,
pues componen entrambas vecindades,
los mismos seres, con distintos nombres,
grullas hay en el mundo con nombres,
patos bajo soberbias potestades,
y en ciudades lo mismo que entre encinas
sobre *grullas* y *patos golondrinas*.

La misma idea, si bien con otro tono, el que sostiene la tierna poesía pedagógica de la Coronado, se halla contenida en una composición escrita para su hermano menor

Emilio, “El Mundo Codicioso”, en la que la poetisa-maestra pondera la sabiduría sobre el medio natural, el conocimiento de zoológico por el que su hermano siente entusiasmo, el gozo de los campos de Extremadura, antes que el contacto con las ciudades y sus pasiones:

En tus coloquios con las dulces aves,
en tus alegres juegos con la fuente,
¿qué pasa, Emilio, que tan tiernamente
amas el campo y sus misterios sabes?
¿Por qué escondido entre las yerbas suaves
te place contemplar atentamente
más los insectos y saber sus nombres
que escuchar las historias de los hombres?

¿Qué piensas de esas piedras hacinadas
a que llaman ciudad que, con enojos,
apartas de ella los lucientes ojos
y hacia los campos tornas tus miradas?
¿Tienen de las abejas las moradas
más perfección que esos perfiles rojos
tan altos en los aires elevados
y con fatigas tantas dibujados?

¿Qué piensas, rubio Emilio, de esas gentes
revestidas de insignias de grandeza
que no acatas el brillo y la riqueza
que los pueblos adoran reverentes?
¿Cómo de esas monedas relucientes,
que van de mano en mano, la belleza,
cándido Emilio, tienes en tan poco
que con las chinas las confundes loco?
[...]

Mas dejemos al mundo codicioso
que hace saltar el llanto a las mejillas,
y muestra, Emilio, tú las maravillas
de tu país tranquilo y delicioso;
llévame a ver cómo en tropel gracioso
a comer en tus manos la semillas
entre las yerbas verdes y suaves

vienen trinando las amigas aves.

Contigo iré, los dos caminaremos
juntos al valle, al bosque, a la ribera,
y con el lirio azul de la pradera
los juncos de las aguas trenzaremos:
tal vez en dulce soledad hallemos
aquella imagen grande y verdadera
que desde el cielo hermoso, a ti alegría
y a mí paz y esperanza nos envía.

Los paisajes inspiradores

El gozo de los campos Extremeños ¿cuáles eran?

En 1859 quiso Carolina, ausente de Extremadura desde 1850, evocar esos paisajes de los que se había nutrido y que desde entonces veía sólo ocasionalmente. Horacio, su marido, había marchado a Almodóvar y a Badajoz por asuntos familiares y ella le escribió una epístola que luego fue publicada en La América. Separados en febrero (mes que ellos cifraron como aniversario de su relación), quiso regalarle los tres cimientos de la inspiración primera de su poesía, los tres entornos naturales evocados en singular belleza: Almodóvar (“el llano donde quedó su niñez”, nos decía en “Memorias de la infancia”), Bótoa y Nogales. Hacía dos años, en 1857, que ella misma había recorrido con Horacio tales escenarios, viaje que hubo por frutos los poemas del álbum familiar “De mi huerta de Almodóvar” o “De la fuente de las adelfas” en Jarilla. Y escribió:

Esa estrella también hoy te ha llevado
a la comarca donde yo he nacido,
al propio templo donde yo he rezado,
al propio valle donde yo he vivido.

Ve cómo libre el hado no nos deja,
sino que siempre nuestros pasos guía;
aquel que de tu patria más te aleja
te conduce a ti solo hacia la mía.

Tú cruzarás, viajero indiferente,
aquellos para ti campos extraños,
sin conocer el árbol ni la fuente
que yo cantaba en mis primeros años.

Yo tengo en esos valles un amigo...
Pregúntale, al pasar, si me perdona;
o si me quiere dar algún castigo,
deshojaré en sus aguas mi corona.

Y que me deje coronar la frente
con sus espinos, porque ya lo sabe,
el espino del campo es más suave
aunque hiciera brotar mi sangre ardiente.

Hoy verás que mi voz es lastimera
cuando escuches, cruzando las encinas,
el canto de las musas campesinas
de quienes era yo la compañera.

Y si volando por la ermita viste
las negras del verano, que han venido
también dirás que te parezco triste
después que sus canciones has oído.

Y ¿qué ha de ser? Los campos ya no veo,
ni la aurora, la luna, la centella,
que eran mi inspiración y mi recreo
en mi comarca tan templada y bella.

Cuando el aire aterido de Castilla
secos tiene los álamos del prado,
¿no es verdad que en el valle de Jarilla
la flor de mis almendros ha brotado?

Y ¡qué verde estará bajo la encina
del Gévora a la orilla caldeada,
aquella yerba reluciente y fina
donde escribía yo tan sosegada!...

Ya la garza tendrá su nido hecho
en el ramaje que el arroyo toca,
y sobre el agua en el colgante lecho
¡estará columpiándose la loca!...

Ya el arroyo estará de flores lleno,
que a lo lejos espuma nos parece,
porque todo temprano allí florece
y se convierte en flores hasta el cieno.

Mas, cuida no rompas con tu planta
los lirios que despuntan en la tierra,
que son primicias de la Virgen santa
que en esa ermita nuestro amor encierra.

Esa pasión por la naturaleza extremeña y hasta qué punto fue amor por ella se rehacen desde Madrid entre añoranzas, las de su infancia y juventud, las de su vida anterior a 1850; olores, colores y formas que, en diálogo con su obra anterior, le asaltarán también en su madurez o ancianidad, en 1890 (“Una corona, no, dadme una rama/ de la adelfa del Gévora querido”). Era el rescoldo de esa “gloria campesina” añorada de la que un día había escrito a la paloma en vuelo libre que fue Gertrudis Gómez de Avellaneda (“Yo no puedo seguirte con mi vuelo”) y que en 1853, recrea de manera muy extensa y sólo en amor hace comparable a una recién nacida, a su hija Carolina.

Alguna vez encontramos en su poesía (más frecuentemente en la prosa, en novelas como *La Sigea*) el paisaje luso hecho palabras. Carolina se quiere o siente parte de una raya que anhela ser continuidad y no frontera. Tal deseo de hermandad con Portugal fue en su tiempo una de las ideas y de los afectos más avanzados y arriesgados de la almedralejense, lleno de modernidad, y para los extremeños de hoy, casi visionario: basta recorrer las noticias de la prensa para percibir el recelo que sentíamos hacia el país vecino en los años 40 del siglo XIX, un recelo más que justificado. Algo más que la belleza del paisaje luso condensa la poética amapola caroliniana de Portugal:

Siempre al tender mi vista por el llano
del ámbito campestre que me encierra,
he visto el horizonte lusitano
lindando con los prados de mi tierra;
y he dibujado con mi propia mano
su hermoso valle y su cercana sierra
y he cogido las dobles amapolas
que ni son portuguesas ni españolas.

Una corona roja que mecía
la fresca brisa del humilde Caya,

de una amapola que nació en la raya
el nombre de ambos reinos confundía;
yo la tomé con súbita alegría
y deshojando su corola gaya
las hojas hice tremolar al viento
haciendo por su vida un juramento...

Juramento de dama que en las flores
deteniendo pueril su vaga idea
con la más olvidada se recrea
suspendida admirando sus colores;
juré que porque nacen las mejores
plantas sobre el arroyo que serpea
uniendo a Lusitania con Castilla
iba a llenar la raya de semilla.

¡Oh, qué placer reproducir la planta
y verla florecer en primavera
a orilla de plácida ribera
que con sus gotas pura la abrillanta!

¡Oh ya veréis entre sus brotes cuánta
amapola nos da la venidera
blanda estación, cuando ilumine el llano
nuestro sol español y lusitano!

Otras veces, se mecen o cuelan entre sus versos escenas campesinas, leyendas y devociones religiosas que Carolina vivía con especial fervor. Contamos con un “portalito” extremeño entretejido en un poema dedicado al nacimiento de la princesa de Asturias y fechado en la Dehesilla de Matamoros la Nochebuena de 1851: pastores del Gévora que cantan en el valle helado por la escarcha fría, entre zarzas, con las candelas hechas de retama seca bajo el cielo nublado. Y contamos con el homenaje a una de las encinas más amadas de Carolina, junto a las de Jarilla, la encina de Bótoa. Es un romance que recoge una devoción popular, el milagro por el que principió el culto a la virgen campesina bajo la advocación de Bótoa, tan grata a la poetisa por los símbolos agrarios que la engalanan.

Y quien ama desea preservar y proteger lo amado. De ahí que el pensamiento ecologista de Carolina Coronado sea hoy de una rabiosa actualidad; un pensamiento que también recorre su prosa, tanto la crónica epistolar sobre su viaje a Francia, como las

novelas (los manantiales que se ocultan en cañerías; los barcos y trenes que contaminan las aguas y los aires; los pueblos y ciudades del sur carentes de espacios verdes, en un largo etcétera). Es una denuncia que alcanzará algún poema, uno muy tardío, escrito en 1903, “Sport suicida”, en contra de los primeros automóviles, “maquinas fétidas e insanas” (los califica) que “las tierras y los aires contaminan”.

La mujer naturaleza

En un símil la naturaleza llega a identificarse con la mujer, o con personajes femeninos. Si Jarilla en la novela es la naturaleza pura, si a la naturaleza han contaminado los castillos, como a las mujeres lo han hecho las vilezas y opresiones de los hombres, también en su poesía encontramos esta idea sazando algunas composiciones (La rosa blanca, por ejemplo) y como asunto completo de los bellísimos serventesios que fue hilando ante el castillo de Salvatierra. Porque, a pesar de la exactitud de Carolina Coronado cuando recrea los escenarios naturales extremeños, estos escenarios, los elementos de estos escenarios, van a ser, junto a su hermano Emilio, los interlocutores de la poeta; la Coronado subjetiviza la naturaleza para volcar sus estados de ánimo y humaniza a esos interlocutores que parecen entenderla (tórtolas, lunas, palmeras, nubes...). Como expresara Torres Nebrera, la Naturaleza, “en cualquiera de sus ejemplos vivientes o cósmicos, todos sensitivos, todos personalizados”, tienen dos lecturas y más allá de la meramente descriptiva, está el referente comparativo del mundo interior de la escritora¹⁸. Y esa mujer, naturaleza libre frente al hombre opresor, que levanta castillos en los montes y muros en las ciudades, esa mujer que ha roto con su pico las prisiones a las que el sexo masculino condenaba, se vuelve al mito de aquella “feliz salvaje”¹⁹, contempla la naturaleza de Salvatierra y nos dice:

¡Ay! Que desde aquellas hembras que cantaron
gimiendo, como yo, sobre esta almena,
ni un eslabón los siglos quebrantaron
a nuestra anciana y bárbara cadena.

Y ya es preciso para hacer patente

¹⁸ Torres Nebrera, Gregorio, “Carolina en su poesía esencial (brevísima antología comentada)” en *Alborayque*, nº 5, (Badajoz, 2011), p.68, y Torres Nebrera, Gregorio, “La obra poética de Carolina Coronado” en *Carolina Coronado. Obra poética*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1993, vol. I, p.60.

¹⁹ El momento de redacción del poema coincide con el de la novela *Jarilla*. Bien sabido es que la protagonista encarna a una mujer no contaminada por la civilización, que de algún modo es trasunto narrativo del mito del buen salvaje de Rousseau.

la eterna condición de nuestra vidas,
unir las quejas de la edad presente
a la de aquellas razas extinguidas.

¿Quién sabe si en la choza y el castillo,
contemplando estos bellos horizontes,
fuimos por estas sierras y estos montes,
más dichosas, en tiempo más sencillo?

¿Quién sabe si el fundar el ancho muro,
que libertad al pueblo le asegura
no nos trajo a nosotros más clausura
quitándonos el sol y el aire puro?

Palomas que habitáis la negra torre,
yo sé que es más risueña esta morada,
y ya podéis, bajando a la explanada,
decir al mundo que mi nombre borre.

Yo soy ave del tronco primitiva
que al pueblo se llevaron prisionera,
y que vuelvo a esconderme fugitiva
al mismo tronco de la edad primera.

No pudo el mundo sujetar mis alas,
he roto con mi pico mis prisiones
y para siempre abandoné sus alas
por vivir de la sierra en los peñones.

Yo libre y sola, cuando nadie intenta
salir de las moradas de la villa,
he subido al través de la tormenta
a este olvidado tronco de Castilla.

Yo, la gigante sierra traspasando,
lastimados mis pies de peña en peña,
vengo a juntarme al campesino bando
para vivir con vuestra libre enseña.

Comeré con vosotras las semillas,

beberé con vosotras en las fuentes,
mejor que entre las rejas amarillas
en las tablas y copas relucientes.

Iremos con el alba al alto cerro,
iremos con la siesta al hondo valle
para que al sol al descender nos halle
cansadas de volar en nuestro encierro.

La naturaleza como metáfora

Por ello, la naturaleza extremeña en cuanto es reflejo del mundo interior de la escritora, también puede asaltar al lector no sólo en la hermosura y placidez de esa naturaleza idílica, sino en su dureza y en su violencia. Especialmente significativas son las composiciones nacidas en el año 1848, cuando las revoluciones europeas amedrentaron el corazón de la poetisa de Almendralejo. Naturaleza enfurecida y temor por los sucesos políticos son un todo inseparable. Las nubes que resuenan en el negro cielo, la luna entre vapores rojos, las ráfagas de las tormentas, los truenos y rayos, el aullar de los lobos, los medrosos perros, las cabras espantadas, las encinas agitando sus brazos, incluso la lluvia, que abre lagos, despeñada rodando, como sangre, son las imágenes de una naturaleza extremeña enojada y violenta, una naturaleza que barrunta catástrofes, que avisa de males, que anuncia el futuro... Saben leerla, saben interpretar esa naturaleza labriegos y pastores, por tanto ella misma, la poeta del campo que presagia, que es augurio; y precisamente porque saben leerla, ella y los labriegos y pastores, pálidos, emiten gemidos, sufren temblores y sobresaltos. Y todo ello se hace verso en “Las tormentas de 1848” “La Aurora Boreal” o “El año de la guerra y del nublado” y, en menor grado, en “La Aurora de 1848” y “El último día del año y el primero”. Aquella oración por la paz escrita en 1848 (“Las tormentas de 1848”), dice así:

¿También aquí, Señor, en las entrañas
del solitario monte a los oídos
vienen a resonar voces extrañas,
gritos de guerra y ecos de gemidos?
negra sombra descende a las cabañas,
lanza el perro medroso hondos aullidos,
y claridad fantástica ilumina
el trémulo ramaje de la encina.

Y suena por los valles la campana
de la vecina ermita; el ronco acento
del fiel pastor, que los jarales gana
de la espantada cabra en seguimiento;
y otro gemir, que imita voz humana,
y es canto de mortal presentimiento
que exhala un ave, inmóvil tenazmente,
entre la yerba, al pie de la corriente.

Y oigo el aire silbar y de la tierra
por la pesada gota removida
la exhalación percibo, y de la sierra
el gas de la cantera humedecida;
oigo del lobo, que en el monte yerra
tras de la res cansada y perseguida,
el sordo aullar, que en confusión lejana
se pierde con el trueno y la campana.

Veo la lluvia correr, abrir los lagos,
despeñada rodar por las pendientes,
y henchir de los arroyos las crecientes,
y entrar en la cabaña haciendo estragos.
Y oigo el viento arreciar, y oigo las gentes
campesinas gritar en ecos vagos,
y a un pájaro en las ramas intranquilo
buscar en las más altas nuevo asilo.
Veo caer los árboles floridos
sobre el agua, la mies y los corderos;
por el valle los fresnos más erguidos
hundirse en la arriada los postreros,
y flotar de las tórtolas los nidos,
y el hato del pastor y los aperos
del labrador revueltos zozobrando,
y a los bueyes pasar sobrenadando.

Es la misma naturaleza enfurecida que nos presenta la autora en la “La Aurora Boreal”:

¿Qué es esa claridad que de repente
de la ermita ilumina el campanario,
y del Gévora oscuro la corriente
brillar hace en el campo solitario?

y ¿por qué palidecen de la gente
los rostros al fulgor extraordinario
mientras sus sobresaltos y temores
revelan los ancianos labradores?

“¡Ay de nosotros, ay de nuestra tierra! “,
claman los labradores espantosos.
“¿Veis los senos del cielo ensangrentados?”
“Es anuncio de crímenes... de guerra...”
Mas confunden su voz desde la sierra
los lobos en su aullar y los ganados
cuyos medrosos, débiles balidos
conjuran nuestros perros con aullidos.

Aparecerse veo los encinas,
agitando sus brazos al relente,
como fantasmas a la luz ardiente
que refleja en sus copas blanquecinas;
y dos tórtolas veo peregrinas,
huyendo de su cima velozmente,
que deslumbradas por la fuerte llama
temieron el incendio de su rama.

¿Adónde van envueltos en los vientos,
cual nocturnos espíritus errantes,
esos que con amarse están contentos
desde la cuna sin cesar amantes?
¿Quién les turba la paz ni los acentos
con que entrambos se arrullan palpitantes,
para volar, huyendo de la aurora
a la orilla del Gévora sonora?

¿Del fresno entre la húmeda enramada
van a buscar contra el incendio asilo?
Y ¿adónde encontraré yo una morada
para que pose el ánimo intranquilo?
¿Adónde irá mi alma acobardada
de esta medrosa noche en el sigilo,
contra el fantasma que sufrir no puedo
a guarecerse del horrible miedo?

[...]

Yo tengo miedo, sí, yo confundida
y en mi propia ignorancia avergonzada;
la causa del fenómeno escondida
busco, y en mi saber no encuentro nada.
Pero amante del Gévora, la vida
pasé a orillas del Gévora apartada,
y a temer aprendí de los pastores
del cielo los extraños resplandores.

Pero, a un lado la fuerza de las tormentas carolinianas, sobre todo, y principalmente, la escritora es en la creación de paz, la creación amorosa y serena, la creación de Dios en el Edén extremeño. Y por ello, porque de lo mejor de sí nacían los versos, de su profundo amor a Dios encontrado en la naturaleza, es la poesía espiritual el mejor acierto de la almendralejense: Dios se revela en la belleza del campo extremeño. Estamos ante la mujer que se hermana, en una comunión seráfica, muy próxima a Francisco de Asís, con todos los seres grandes y pequeños de la creación: mariposas, orugas, arroyos, palomas... que son al fin esos “espíritus mil que son divinos” (“Los recuerdos”). Nos situamos por tanto ante un alcanzar a Dios a través de esas criaturas, a través del conocimiento que el amor propicia, como en la mística. No en vano, Concepción Gimeno de Flaquer llamó a Carolina “la mejor cantora de la creación”²⁰:

¡Qué hermoso es Dios, qué hermosa su cabeza!
¡Qué gallardo su andar, su voz qué suave!
Rasgos los cielos son de su belleza,
paso los siglos de su marcha grave;
la voz de la inmortal naturaleza
de su concierto la sonora clave,
su acento arroba, su mirar abrasa:
tiembla el mundo a sus huellas cuando pasa!

Muy tempranamente (al menos desde 1845), Carolina se vuelca en este amor divino, el verdadero amor de la poetisa. El campo extremeño es un locus amoenus profundamente sentido, apasionadamente vivido, ardorosamente exaltado. Ella es porque siente y ama. Y así en poemas como “Los recuerdos” (Bótoa, 1845), se dirige a los “filósofos profundos” para contraponer los caminos de la razón por ellos practicados

²⁰ Gimeno de Flaquer, Concepción, “Historia de una flor contada por ella misma” en *Álbum Iberoamericano*, 14 de enero de 1898, pp.15-17.

(que conducen al ateísmo) frente a su sensismo, frente a la visión de Dios a través de lo creado. Entre perfumes de junquillo, junto a los lirios blancos que nacen en Bótoa y con el sol sobre las copas de sus encinas, habla a las criaturas y les dice:

Auras, perfumes de junquillos, trino
de aves amigas, me agitáis, os siento,
de espíritus ocultos sois aliento,
sois guardadores de mi amor divino:
venid al valle triste en que imagino
sonar de mi cantor el tierno acento;
¡placeres, dadme, en la ilusión hermosa
ya que en la realidad no soy dichosa!

En los campos de encinas de Bótoa y de La Jarilla vivía Carolina en secreto y en silencio; habitaba consigo y su cuidado, en el casi sentido humanista de la soledad, con el deseo de contemplación que ello propiciaba, y luego con ese entender el mundo, las cosas, a través de la visión:

Vengo de contemplar la hermosa vega
y aletargados traigo los sentidos
con el concierto vago de sonidos
que la tranquila soledad despliega.
Quien canta yo no sé, mi alma se anega
en tan diversos tonos y ruidos
que alzan, tal vez, con giros imperfectos
las aves, los reptiles, los insectos
[...]

¡Yo te quisiera ver, Señor Dios mío,
en ráfagas de sol, nube o lucero
y llenar con tu imagen el vacío
de este mi corazón tan lastimero! (“En el monte”).

o bien

Yo no te vi jamás; pero en mi anhelo
tu espíritu ideal figura toma;
y en la luna te veo cuando asoma
tan blanca y tan suave por el cielo.
Dame (pues hora luce) algún consuelo
en tu palabra dulce como aroma;
que hartos breve, Señor, para tu acento
es la inmensa extensión del firmamento
[...]

¡Exhausta virtud! ¿Por qué estupenda
peregrina visión no sobreviene? (“Porque tú eres amor de los amores”).

Surge por tanto, desde la contemplación externa, el deseo de la máxima visión, la unión íntima con Dios. Y en su recogimiento y su apasionada ansia, la Coronado anhela atravesar las vías necesarias. E intenta transmitirnos en versos cómo los sentidos externos, la contemplación de la naturaleza, van cediendo paso al intento de recogerse en las potencias superiores, en la esencia del alma. Pero para expresar este hallazgo gozoso necesitaba palabras inexistentes, como las necesitaron San Juan o Santa Teresa. De manera que, a fin de comunicarnos su amor, usó las palabras que le llegaban por tradición literaria de los grandes maestros de la mística y también empleó palabras de otros poetas contemporáneos, pero sobre todo le eran indispensables las suyas, las de su cotidianidad, las de su campo extremeño. De todo ello surge la originalidad y el manantial de Carolina Coronado. El locus amoenus sanjuanescos, el peregrinar previo preguntando a las criaturas por el amado, es amplificado y generoso en el poema de Carolina “El amor de los amores”. Su locus amoenus rebosa Extremadura: el fluir del Gévora y las encinas de la finca Jarilla, palomas campesinas, zarza rosas, rosas blancas, lirios, acacias en flor, tormentas de estío, lunas llenas, nubes errantes...

Pueblos y ciudades

Por todo ello, la naturaleza disipa a ciudades y pueblos de Extremadura, hasta tal punto que son los grandes ausentes en la obra poética de Carolina Coronado. Cuando aparecen lo hacen de manera indirecta, como leves referencias a un detalle arquitectónico (un campanario, por ejemplo) y casi siempre tienen un matiz negativo; así los son las murallas de Badajoz, símbolo de la opresión, de negación de la libertad, de ausencia de la naturaleza:

¿Has visto al topo que en la tierra hundido
preso en el hoyo se remueve a oscuras
y con la frente en las paredes duras
de cuanto intenta ver el sol lucido?
Entre este viejo murallón roído,
yo soy el topo que las luces puras
que en los alegres campos se reflejan
nunca estos muros contemplar me dejan.

La aldea o el pueblo son los lugares que encarcelan el anhelo de la mujer que desea ser en un poema (“La poetisa en la aldea”); lugares donde germinan la burla y la

incomprensión. De ahí que en 1857 Almendralejo sea, por encima de edificios y calles, siempre inexistentes en la escritura, la añoranza de un huerto con los fresquísimos ramajes de una parra (“De mi huerta de Almendralejo. La casa donde nací”).

Muy romántico, el poema a las ruinas de Mérida (acaso fruto de una excursión realizada con su hermano Pedro y otros jóvenes de Almendralejo en 1839), viene a plantear la fatuidad de lo urbano, de las bellezas que el hombre crea y que el tiempo consume, implacable. Los adjetivos y sustantivos con los que se dirige tanto a la Mérida romana cuanto a la Mérida de su tiempo, son negativos, amargos: sola, olvidada, triste, abatida, humillada, sombría, anciana, reliquia o ceniza. Sin embargo, el río Guadiana, testigo inmutable, surge como elemento principal, como elemento fecundo y vivo a mitad del poema y una vez más esa naturaleza/río es quien tiene voz, quien es personificado y quien se encarga de convocar a los poetas para que hieran las aguas y lastimen el viento con los versos tristes por una Mérida arruinada. Los ríos son las crónicas latentes de los siglos, archivos sin carcomas, anales de agua viva, maestros y amigos, que así, con estas palabras, casi en una plegaria, le hablará al Tajo Carolina en 1875²¹.

Una villa extremeña más aparece en alguno de sus poemas: Medellín. Mas no es Medellín por sí mismo, sino por una casa, la casa que fuera de Hernán Cortés. Y ello nos lleva a ese otro manantial de la poesía caroliniana, que nace de sus hombres ilustres.

Extremadura en sus personajes célebres

Carolina Coronado rendirá tributos de admiración a una suerte de personalidades extremeñas destacadas en las artes, las letras, la política o la historia, a veces con una leve referencia (Zurbarán, Morales o Pizarro)²², otras veces mediante composiciones completas, y en menos ocasiones con la dedicatoria de sus poemas a contemporáneos amigos o conocidos suyos (sean Publio Hurtado, Pedro Fernández de Córdoba (“A Perico”) o Nicolás Díaz y Pérez).

Extremadura se hará poesía en sus sabios y en sus hombres cristianos, los de robusta fe, unos objetiva y universalmente celebrados (Benito Arias Montano²³), otros exaltados de manera subjetiva, fruto de las vivencias de Carolina, sea el caso de José María Claros. De entre los sabios ilustres Juan Donoso Cortés tendrá un lugar

²¹ *Anales del Tajo*, Lisboa, Lallemand Frères, 1875.

²² Cfr. Los poemas “En la catedral de Sevilla”, “Al Liceo de Badajoz” y “A Elisa”.

²³ El poema de ocasión fue compuesto con motivo de un homenaje que Fregenal de la Sierra organizó a su ilustre paisano el año de 1881: *Homenaje a la memoria de los ilustres varones Arias Montano y Bravo Murillo*, Fregenal, Est. Tipográfico Editorial El Eco, 1881.

destacado, pues aunque no conocemos ningún poema dedicado ex profeso al mentor de Carolina, en un solo verso sitúa al pensador de Valle de la Serena a la altura de Quintana o de Espronceda (“Al Liceo de Badajoz”) y es vivo recuerdo en su tardío poema “A los poetas de Madrid” (1880).

Y Extremadura será en sus poetas, en los poetas del siglo XVIII y sobre todo en los del XIX. No importará a Carolina el hecho del alumbramiento de esos poetas en suelo extremeño tanto como la identificación de los escritores, por cualquier motivo, con el carácter que parece imprimir la tierra. Son ellos Nicasio Álvarez Cienfuegos (oriundo de Garrovillas), Manuel José Quintana (con raíces en Cabeza del Buey²⁴) y Espronceda.

Referencias a Quintana hallamos en varias composiciones (“A los poetas de Madrid” o “Al Liceo de Badajoz”) y a Quintana dedicó Carolina un extenso poema, en el que interesa destacar la reivindicación del escritor en el paisaje y en la naturaleza extremeñas y la identificación con él por esa savia que ambos compartían, por ser los dos mitad de la comarca de La Serena. Una vez más la naturaleza lo arrebató todo; Carolina se recrea en la palabra cuando fluye el resultado de su principal inspiración. La belleza de los campos es el consuelo frente a la ausencia del añorado progreso en su tierra que ella denuncia en el poema. Hay, sin embargo, virtudes del pueblo extremeño que la Coronado pondera: su decidido valor y su patriotismo. La escritora almedralejense ensalza la actitud de los hijos de Extremadura durante la guerra de la Independencia, aunque en los últimos versos del poema emane su conocido contra belicismo.

No falta el lastimero alimentar el falso mito de una infancia y juventud tronchada por cuestiones políticas que, en este caso concreto, era muy interesada pues la situaba en una simpatía o igualdad biográfica con Quintana, con las persecuciones que el poeta sufrió desde 1814. La bellísima epístola poética fechada en Almedralejo en 1845 dice así:

Buen sabio, ¿de tu tierra y de la mía
tu corazón no ansía
el nombre oír que la memoria encierra
de los pasados años?
¿O a tu memoria extraños

²⁴ La relación entre Manuel José Quintana y Carolina Coronado fue muy estrecha. Cfr. Fernández-Daza Álvarez, Carmen, *La familia de Carolina Coronado. Los primeros años en la vida de una escritora*. Almedralejo, Excmo. Ayuntamiento de Almedralejo, 2011.

serán ya los recuerdos de tu tierra?

Yo, señor, que heredé de mis abuelos
un libro de consuelos
obra de tu lozana fantasía,
cuando eras mozo o niño,
tengo mucho cariño
al buen cantor de la comarca mía.

Siempre al pasar cercana de tus lares
recordé tus cantares,
y otras veces al margen del Guadiana
medité dulcemente
en la gloria eminente
que a nuestro pueblo consagró Quintana.
[...]

¿Qué nuevas te daré que a tu celoso
patrio entusiasmo hermoso
por la fama y el bien de nuestro suelo
alegren placenteras,
si antes que estas riberas
pienso, Quintana, que se mude el cielo?

Si las vastas encinas del contorno,
solo y agreste adorno
de estos valles, tal vez, contado hubieras,
al despedirte de ellos
en tus abriles bellos,
esas propias hallarás, si hoy volvieras.

Los arraigados juncos de este río
bajo el mismo rocío
con que la espuma, al salpicar, los baña,
medran tranquilamente
sin que del hombre intente
otros sauces plantar la mano extraña.

Y aún hay de tierra vírgenes pedazos
donde jamás los brazos

del colono feliz su fuerza emplean,
y hay fuentes, manantiales
sin guía y sin brocales
cuyos hilos se pierden y se olean...

Mas aprisa se mueve la tortuga;
menos tarda la oruga
su bella metamorfosis presenta;
en esta tierra, Quintana,
un solo paso gana
de su cultura en la carrera lenta.

Empero un solo nombre hay en el mundo
que del sueño profundo
a este pueblo pacífico levanta
y lo agita, lo enciende
cuando extático entiende
la nota fiel de esta palabra santa.

Grítale “Libertad”, verás leones;
que vengan las naciones
a esclavizar a la soberbia España,
y será de este otero
cada azadón grosero
hacha incansable en la mortal campaña.

El poema dedicado a Cienfuegos, amigo de Quintana, surge desde la indignación. Para Carolina Coronado la dejadez más sacrílega del pueblo español era el olvido de sus muertos ilustres. Juzgaba de nulo respeto, de ingratitud, el que los restos de personajes destacados yacieran en suelo extraño, que sus huesos exiliados no retornaran a España. Si en sus epístolas (*Paseo del Tajo al Rhin*) lamentaba la suerte de Moratín, en sus versos hará lo mismo con la de Cienfuegos. No en vano en el *Diálogo para un día de difuntos* situará en los cementerios el lugar donde reposan los valores perdidos de la patria.

La virtud del valor y la pasión por la libertad que Carolina cifra como cualidades del pueblo extremeño, van a ser objeto de encendidos versos cuando a Espronceda o a Hernán Cortés se refiera. Tal es así que la sola nacencia en Extremadura le parecía a la Coronado ser motivo suficiente para recibir una impronta de bravura: “tempestad en amor, trueno en la guerra”... No obstante, el orgullo por el paisanaje común, por el

hecho de que Espronceda hubiera nacido en su pueblo (con su especial insistencia en aclarar para siempre el exacto lugar donde vino al mundo el autor del *Diablo Mundo*), no hace que, movida por ello, Carolina Coronado sea vencida en sus férreas convicciones ideológicas y morales. Y aun valorando el genio poético de Espronceda (“sus cantares cuanto amargos, bellos”), le culpará de haber sido introductor, junto a Larra, de la hostilidad a un mundo en el que no cabía Dios. Por creerlo cabeza de ese mal, Carolina Coronado recriminará a Espronceda en el poema dedicado a la marquesa de Monsalud, y fechado en Almendralejo en 1846, y lo mismo hará en otros versos, sea en “La Fe Perdida”, en los que subyace una crítica a los excesos del romanticismo, al escepticismo, a la decepción del mundo, al fastidio universal. Por todo ello ensalzará un solo momento en la vida de Espronceda, el de su nacimiento. Puro e inocente entonces Espronceda, esas cualidades pertenecen a Extremadura, esa primitiva lozanía y no su infortunio, su impiedad o su orgullo.

Y habíamos mencionado a Hernán Cortés... La admiración de Carolina por el conquistador fue tanta y tan copiosas sus huellas en referencias escritas que superarían con creces el objeto de estas páginas. Al menos desde 1845 existen menciones laudatorias a su persona. Ligada por sangre al hijo de Medellín y devota de su hechos, la gesta colombina quedará minimizada ante la gigante figura que para Carolina Coronado fuera Hernán Cortés, ante el hecho mismo de la conquista, que vincula de manera principal con Extremadura y con su propia sangre. En su “Oda a Lincoln” expresará:

Y fueron de mi stirpe antecesores
como tú, exploradores
de América, valientes caballeros,
que dejaron memoria,
cual la tuya en la historia
dejarás a los siglos venideros.

Sin duda, ninguna otra justificación para esta devoción sino el propio personaje. Hernán Cortés se vale a sí mismo. No obstante, tras este tributo, se esconde un detalle biográfico hasta ahora desconocido, tal es la ligazón de parentesco de la escritora con el conquistador. Nicolás Coronado, padre de la poetisa, debió relatar pronto a sus hijos el orgullo de una ilustre ascendencia que estaba jalonada con altos personajes, entre los que se encontraba el propio Hernán Cortés²⁵.

²⁵ Hasta tal punto fue motivo de orgullo esta ascendencia que Nicolás Coronado, una vez establecido en Madrid en 1852, añadió a los dos primeros apellidos el del conquistador de Medellín y firmaba como Nicolás Coronado Gallardo y Cortés. En una de las necrológicas que aparecieron tras su fallecimiento,

Levantado meticulosamente el árbol genealógico de la Coronado y aun sin poder establecer la exacta filiación por la carencia de fuentes y lo escueto de los apuntes sacramentales de Campanario, no es descabellado pensar que una de las ramas de ese árbol descienda de alguno de los tíos de Hernán Cortés, avecindados en Don Benito, de los que es bien sabido fue cabeza principal del linaje, Martín Cortés “El Viejo”²⁶. Y quizás por ello surgiera la iniciativa de vindicar la memoria de Cortés. Fue la voz de Carolina la primera en reclamar la erección de una escultura en homenaje al conquistador nacido en Medellín. Siempre se menciona el año de 1858 como principio de una reivindicación en pro de esta iniciativa no culminada sino hasta 1890. Sin embargo, mucho antes, ya en 1845, Carolina Coronado, con energía y enojo, se propuso remover las conciencias, y juzgar de vergüenza nacional tanto olvido injustificable. En octavas reales compuso un extenso poema que pronto se difundió en El Liceo y que fue publicado años después en la revista *La Luna* (1848), con el título “Hernán Cortés”. Incluido también en la edición de sus *Poesías* el año de 1852 contiene versos tan apasionados como los que siguen:

Llebadme a contemplar su estatua bella;
llebadme a su soberbio mausoleo...
¡Ah! que olvidaba, Hernán, en mi deseo,
que éste es mezquino e ilusoria aquélla.
¿Y en tu patria por qué? ¿Qué diste a ella
para alcanzar de España ese trofeo?
¡Cuestan ¡oh! mucho piedras y escultores
para labrarte, Hernán, tales primores!

Paréceme que el héroe se levanta
y hacia América el brazo armado tiende;

concretamente en *La Iberia* el 9 de diciembre de 1860, el periodista Rubio hablaba de las razones que habían originado la ilustración y el valor del padre de Carolina Coronado y escribió: “Amaestrado por Gómez Becerra y por Quintana, que, íntimos amigos de su padre don Fermín, lo amaban como a un hijo (ambos llamaban cariñosamente su “nieta” a Carolina) sintió Don Nicolás Coronado arder desde muy temprana edad en su corazón el fuego del patriotismo, y como entonces no había salido aún la iglesia liberal de las catacumbas, su fe le llevó al martirio, que sufrió con todo el valor de quien desciende de Hernán Cortés y de Vasco Coronado”.

²⁶ La ascendencia llegaba a Carolina Coronado a través de su bisabuela paterna, madre de su abuelo Fermín Coronado, Isabel Fuentes Pérez y Cortés, a la que en 1757 encontramos haciendo uso del apellido Cortés, como lo hiciera su madre, Isabel Gómez Pérez y Cortés, en 1729 y la madre de ésta, Catalina Cortés en 1685, quien había recuperado el apellido que no usaron sus padres, Fernando Donoso y María Díez en 1629, ni tampoco sus abuelos Antón Donoso, Leonor González, Juan Gallardo y Marina Sánchez en 1593.

Por desgracia los apuntes bautismales de Campanario entre 1540 y 1580, poco detallados, me han impedido la exacta filiación con la familia dombenitense; pero no es improbable que por alguna rama Carolina llevara en su sangre la sangre de Hernán Cortés.

que avergonzada España le comprende
y el rostro no osa alzar fijo en su planta;
ella, la dueña de riqueza tanta,
hasta la prez de su conquista vende,
y aun juzga escaso el ganancioso fruto
para ofrecerle un mármol por tributo.

Cuando a su casa venga el extranjero,
¿qué osará responder la noble dama
si anhela ver, llevado por su fama,
la tumba del ilustre caballero?
“Ved, le dirá, si el cementerio ibero
guarda un sepulcro que de Hernán se llama,
que a mí, pues heredé ya su fortuna,
ni su tumba me importa, ni su cuna”.

Eso dirá, y el hijo de Bretaña
o el vecino francés, si el huésped fuera,
con sarcástica risa respondiera
a la matrona: “descastada España,
¿con qué no le valió a Cortés la hazaña
ni una tumba de mármoles siquiera?
¿Y nacen héroes en la tierra ingrata
que así los huesos de los héroes trata?

¿Es la igualdad que esa nación proclama
la que deja en el polvo confundido
al buen conquistador con el bandido,
al que la presta honor y al que la infama?

La composición concluye con el recuerdo de la casa de Cortés. Quizás en el entorno de Carolina se organizaba por aquel entonces una excursión a la villa de Medellín. Cabe tal interpretación entre los versos 67-72:

No veremos, Hernán, tu estatua bella
ni tu losa hallaremos, ignorada:
pero en mi tierra existe la morada
donde estampaste tu primera huella;
pensaremos en ti delante de ella,
la extremeña familia arrebatada
de orgullo; porque plugo a la fortuna
en nuestra tierra colocar tu cuna.

Es bien sabido que el 13 de junio de 1844 se había constituido la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos de Badajoz, para la que la Diputación Provincial propuso al Jefe Político dos miembros, que además eran socios del Liceo Artístico y Literario de Badajoz, Fernando Pinna y Fermín Coronado, hermano de Carolina. Ello debió satisfacer mucho a la escritora quien era especialmente sensible con la necesaria salvaguarda del patrimonio, como sus hermanos Pedro y sobre todo Fermín, inquieto coleccionista de piezas numismáticas. Fermín, una vez asumió la vocalía en la Comisión de Monumentos, trabajó en el acopio y catalogación de libros y obras de arte (fundamentalmente cuadros) procedentes de conventos desamortizados. El periódico *El Liceo* dará cuenta con cierta puntualidad de los anhelos de la Comisión de Monumentos y muy especialmente de las labores que habían sido designadas a Fermín Coronado, entre cuyas prioridades se hallaba la creación de un museo y una biblioteca provinciales.

En marzo de 1846 los miembros de la Comisión de Monumentos decidieron nombrar a corresponsales en distintos pueblos de Extremadura para obtener información sobre el patrimonio que en ellos debía preservarse. De manera especial se pedía a los corresponsales elegidos que describieran las casas donde hubieran nacido o vivido personajes ilustres. En el documento se mencionan expresamente a Hernán Cortés y a Benito Arias Montano. La Comisión de Monumentos propuso súbito a los corresponsales de Mérida, Almendralejo, Badajoz, Medina de las Torres, y con posterioridad, en 1847, a los de Jerez de los Caballeros y Medellín. Pero dos años antes, en 1845, debió nacer en el seno de la familia Coronado la idea de visitar Medellín para conocer la villa, pero sobre todo la casa de Hernán Cortés. Se anticipaban por tanto a los nombramientos oficiales y a los informes de los corresponsales que designaría la Comisión de Monumentos. Era ese viaje anunciado en el poema “Hernán Cortés”, que se hizo realidad en 1846, seguramente en el mes de marzo.

Por aquellas fechas se hallaba en Badajoz la escritora de Campanario Vicenta García Miranda en compañía de Carolina Coronado. Se había desplazado hasta la capital de provincia para asistir al homenaje que le brindaba el Liceo de Badajoz y quizás para conocer por vez primera a su mentora y amiga, a Carolina Coronado. Coincidió el homenaje con la apertura oficial de una academia que, a propuesta de la sección de Literatura del Liceo, iba a comenzar su programa docente y gratuito para todos los vecinos de Badajoz. Para tal ocasión Carolina compuso el famoso poema que

inicia “Vamos a vindicar Extremadura” y en el que una vez más trae hasta sus versos la admiración por Cortés.

Poco tiempo después, se produjo el encuentro añorado con Medellín y es más que probable que juntas, Vicenta y Carolina, realizasen aquel viaje a la villa de Cortés, a la que Vicenta García Miranda dedicaría un extenso poema. El aspecto desolador que Medellín ofrecía a los ojos de Vicenta García Miranda, especialmente por el estado lamentable del castillo, se hace indignación en Carolina Coronado ante la ruinosa morada de Hernán Cortés. Y pluma en mano, desde Medellín, se dirigió a la Comisión de Monumentos de Badajoz para que restaurasen con urgencia lo poco que quedaba de la casa del conquistador y para que además colocaran una placa conmemorativa en honor a Cortés como la que la Comisión había ordenado instalar en la Albuera, en recuerdo de la famosa batalla. Y Carolina se dirigió a los miembros de la Comisión en un poema en fechado en Medellín en 1846, que dice así:

A vosotros, que dais a lo pasado
un culto apasionado,
arrancando, señores, del olvido
las gloriosas hazañas
del pueblo en sus campañas,
batiendo a los franceses atrevido;

a vosotros, que un bello monumento
con generoso intento
alzáis sobre los campos de la Albuera,
para que no olvidada
tan famosa jornada
quede en la edad remota venidera,

a vosotros, sus tímidos acentos,
hoy por breves momentos
a dirigir se atreve mi poesía;
oídme atentamente,
que en mi entusiasmo ardiente
la disculpa hallaréis de mi osadía.

¡Oh, sí!, que al pronunciar el alto nombre
del más ilustre hombre
que ha visto el sol, mi corazón se inflama,
y juzgo que abrasado

su pueblo idolatrado
también se siente por la propia llama.

Os hablo de Cortés en alabanza
aunque el numen no alcanza
al remontarse al cerco de su luna:
pues llena de sonrojo
con el llanto en los ojos
he visto el pueblo donde fue su cuna.

Y ¡oh vergüenza!, vergüenza, allí olvidada
y a su primera morada
asilo de las pobres golondrinas,
sin un solo letrado
este otoño primero
va a desplomarse en míseras ruinas.

Y ¿qué nos quedará de tanta gloria
si esa débil memoria
furioso el aquilón nos arrebató?
¿Qué de tantos honores
como nos dio, señores,
en cambio le dará su tierra ingrata?

¿No tendrá entre sus mármoles Castilla
una piedra sencilla
donde su ilustre nombre coloquemos?
Con nuestra propias manos
guerreros y artesanos
y... hasta las damas a grabarlo iremos.
[...]

En tanto que su nombre no ensalcemos
y en Medellín alcemos
un monumento a los brillantes soles
de su gloriosa guerra,
las gentes de la tierra
¡no somos extremeños ni españoles!

Pero no se hizo nada. Ni se restauró la casa, ni se erigió la estatua reclamada. En 1850 Carolina Coronado, instalada en Madrid, comenzó a trabajar para el *Semanario*

Pintoresco como corresponsal, una dedicación que en 1851 la llevaría a Inglaterra, Francia o Bélgica, quizás a otros lugares. Ese mismo año de 1850 la escritora de Almendralejo regresó a Medellín. Es demasiada casualidad que el 26 de mayo de 1850 el mencionado *Semanario* informase a sus lectores de la desafortunada noticia: la completa desaparición de la casa de Hernán Cortés y la inquietud por salvar al menos el dintel que se hallaba en la morada del conquistador. Es imposible no ver tras la noticia las informaciones de Carolina Coronado. Debió ser muy doloroso para ella, y de ese dolor hablan las modificaciones que la autora fue haciendo en el poema dirigido a la Comisión de Monumentos y escrito en 1846. Y así en la edición de sus *Poesías*, listas para ser impresas en 1850 (aunque no se publicaron sino hasta 1852) a pie de página la autora expresaba:

Cuando dirigí la siguiente poesía a la Comisión existían aún las paredes de la casa de Hernán Cortés; tres años han pasado y he vuelto a Medellín y las he visto derribadas y el solar sembrado de forraje.

Pero aún hay más. Al pie de página citado se suma el poema “Hernán Cortés” fue sufriendo variaciones motivadas por el distinto estado del monumento en el transcurso de los años. En 1846 en los versos 67-68 la Coronado expresaba la alegría por la existencia de la casa de Cortés en suelo extremeño, y decía: “pero en mi tierra existe una morada/donde estampaste tu primera huella”. Luego, en 1850, los mudó por los que siguen: “pero una piedra queda en la morada/ donde estampaste tu primera huella”.

Carolina Coronado había sido testigo visual del hundimiento de la casa, en los varios viajes que realizó a Medellín y de manera insistente quiso que sus lectores conociéramos la dejadez de las autoridades y supiéramos de su personal empeño en salvar la memoria de Cortés; supiéramos de su presencia repetida en Medellín.

El año de 1851 la reina Isabel II inauguraba el ferrocarril entre Aranjuez y Madrid, concretamente el día 9 de febrero. La línea contaba con nueve locomotoras, cinco inglesas y cuatro belgas. Estas últimas no tenían nombre alguno, iban numeradas del 5 al 8, pero las inglesas sí fueron bautizadas. Se llamaban Isabel II, Francisco de Asís, Cristina, Madrileña y ¡Hernán Cortés!, lo cual llenó de verdadero alborozo a la escritora, que fue una de las primeras viajeras en probar el trayecto. De hecho el día 10 de febrero partió en tren con unos amigos con la intención de comer en Aranjuez. Los percances del viaje los publicó en un artículo dedicado a su amiga y escritora Ángela Grassi, cuyo título adelanta el tono irónico y humorístico de las páginas “Que en España

se adelanta lo mismo viajando en vapor que viajando en camello”. El nombre de la locomotora, Hernán Cortés, sirvió para ensalzar al hijo de Medellín, denunciar el olvido sobre su persona y lamentar la completa desaparición de su casa en la villa extremeña que lo viera nacer:

A los pocos minutos se anunció la llegada de un locomotor que venía de Madrid en nuestro auxilio. Yo me subí en un alto para verlo, y lo reconocí al instante. Era un héroe de mi tierra; era el conquistador de México, era *Hernán Cortés*, que tremolando en alto su vaporoso penacho, y haciendo brillar su fuerte armadura, venía sobre el fogoso bruto, cuyo resoplido dejaba oír valiente como ninguno al socorro de los *españoles*.

La alegría reanimó todos los rostros, pero yo que había visto hace pocos meses derribar la casa de Hernán Cortés para hacer un vallado, yo que había visto su escudo rodando por el suelo de Medellín, me sentía avergonzada del socorro que venía a ofrecernos. ¿Qué derecho teníamos nosotros para aceptar su generosa protección cuando lo habíamos proscrito, cuando lo habíamos olvidado, cuando ni una sola piedra habíamos levantado a su memoria?

En 1855 (no sabemos si como consecuencia de estas denuncias), y arruinada por completo la casa de Medellín, los duques de Montpensier, se interesaron por recuperar el único espacio que, ligado a la vida de Hernán Cortés, aún sobrevivía en España: el inmueble de Castilleja de la Cuesta donde había fallecido el conquistador, un hecho que la prensa del momento difundió de manera destacada²⁷.

Un año antes, en noviembre de 1854, el consistorio de Medellín había manifestado por escrito su decidida intención de preservar el solar donde un día se levantara la vivienda de Hernán Cortés. Desde entonces, y hasta 1868, se sucedieron un ir y venir de informes entre el Ayuntamiento, la Diputación y la Academia de la Historia, que quedaron en nada; como en nada, sino en buenos propósitos, quedara el proyecto de Ley de abril de 1858 que acordaba levantar dos esculturas del conquistador, una en Madrid y otra en Medellín²⁸. Todo ello llevó a que en la antología de poemas de 1872 Carolina Coronado volviera a mutar un verso de su poema “Hernán Cortés”, en este caso el cuarto, casi treinta años después de haberlo compuesto. Donde decía: “¡Ah!, que olvidaba Hernán, en mi deseo, / que este es mezquino e ilusoria aquella” escribió: “¡Ah! que olvidaba Hernán, en mi deseo, / que han borrado en España hasta tu huella”. Además, a pie de página, insertó una lacónica nota para insistir sobre la mudanza: en 1872 no existía ya ni la casa ni la piedra que recordaba el nacimiento del conquistador.

²⁷ Véase, por ejemplo, *La Ilustración Española y Americana*, Tomo VII, nº 319, 1855, pp.145-146.

²⁸ *La España Artística*, 20 de abril de 1858, pp.203-204.

Casi treinta años habían pasado desde que en 1846 Carolina reclamara a la Comisión de Monumentos un tributo para Cortés, personaje que además ese año de 1846 cobraba para la autora una significación especial. A los poemas dirigidos al de Medellín se unieron otros dedicados a Isabel La Católica o a Carlos V. Significaban ellos la magnificencia y el esplendor de España; el valor y el patriotismo que para la autora parecían olvidados en 1846. La boda de Isabel II con Francisco de Asís, pero sobre todo la de su hermana con un Orleáns, fue para los liberales una amarga bofetada, casi una entrega monstruosa a los intereses de Francia. La sangre derramada en la Guerra de la Independencia, y más recientemente en las Guerras carlistas, era mancillada por un matrimonio desafortunado. Y los Coronado se opusieron por escrito, junto a otros muchos liberales de Badajoz, al enlace de la Infanta Luisa Fernanda con el duque de Montpensier²⁹. De ahí que, a pesar de su devoción pro isabelina, el nombre de la otra reina, Isabel la Católica pasease entre sus versos en contraposición a Isabel II y le recordara aquel cetro sagrado y victorioso y con él la gesta americana, también la de Cortés.

De ahí que en aquel clima de desencanto surgieran poemas como “A España”; de ahí que entre sus versos volviera a vindicarse el recuerdo de Cortés³⁰:

¿Qué hace la negra esclava, canta o llora?
Tú, Europa, gran señora,
que a tu servicio espléndido la tienes,
responde: ¿llora, canta,
o dormida a tu planta
apoya ora en tus pies sus tristes sienas?
[...]

Patria, leyes y Dios, siervo y monarca
el español abarca,
refundiendo sus varias existencias
en el cerebro loco,

²⁹ Fernández Daza Álvarez, Carmen, op. cit., pp.352-355.

³⁰ Hernán Cortés debía estar a menudo en su imaginario, en su savia creadora. De hecho ese mismo año de 1846, enfrascada como estaba en la experiencia como novel autora de teatro, se lamentaba a Juan Eugenio de Hartzenbusch de sus dificultades para recrear ciertos escenarios, porque nunca había viajado, nunca había rebasado las fronteras de Extremadura. ¿Soñaría también con hacer de Cortés personaje teatral? Carolina Coronado confesaba a su amigo en noviembre de 1846: “He emprendido una obra de la que le hablaré a Vd. Otra vez; pero como nada sé, nada he visto, voy muy despacio, porque necesito leer, y leer cuando mis quehaceres se aumentan de día en día. Para las descripciones me veo muy apurada, porque tengo que figurarme que Guadiana es el mar y que el palomar de mi casa es un magnífico navío de donde han de salir Hernán Cortés y sus compañeros famosos, si es que no salen un par de pichones en vez de mis héroes, que todo podrá ser”.

para quien juzga poco,
de esta inmensa reunión cinco potencias.

¡Soberbia, necia vanidad mezquina
que a padecer destina
la soledad, el duelo, el abandono,
a esa España afligida
que siempre desvalida
se ve juguete de extranjero encono!

Ha menester alzarse una cruzada,
ha menester la espada
blandir al aire la española tropa,
los reinos espantando
para salvar luchando
a esa que gime esclava de la Europa.

Mas ¿dónde habéis de ir, tercios perdidos,
de nadie dirigidos,
marchando sin compás por senda oscura,
con rumbo diferente,
a dónde, pobre gente,
a dónde habréis de ir a la ventura?

¿Resucitó Cortés, vive aún Pizarro,
o de encarnado barro
queréis poner vestido de amarillo
un busto en vuestro centro
porque al primer encuentro
vengan rodando huestes y caudillos?

Dos años después, tras la designación de Carolina Coronado como socia del Liceo de la Habana en 1848, hallamos un par de poemas dedicados a Cuba. En ambos Cortés, una vez más, asume protagonismo entre los versos. Era Cortés, decía Carolina, el verdadero hacedor de la América que Colón había hallado: “Hernán Cortés conquistaba el mundo que había descubierto Colón”, escribía en *La Sigea*. Por ello en las alusiones a Cuba es Cortés y no Colón su protagonista. Y para situar geográficamente ante sus lectores cubanos y luego norteamericanos el lugar de su nacimiento, Extremadura, el apunte de Cortés será el único y suficiente para la

identificación de una tierra. Escuchen sus versos. En el poema “Al Liceo de la Habana” dice así:

Sabéis que ha sido mi ventura tanta,
que yo he nacido en la inmortal colina
donde nació aquel hombre a cuya planta
el pabellón de América se inclina;
aquel por quien se eleva la cruz santa
y la luz evangélica ilumina
en ese mundo hermoso y opulento
a donde fue a exhalar su último aliento.

Y sabréis que me siento en una peña
a ver al toro derribar la cuna
de aquel grande Cortés que nuestra enseña
clavó sobre las torres de la luna;
que en la cóncava piedra berroqueña
de su blasón echar de la laguna,
he visto el agua... y dar a nuestro bueyes
la copa digna de beber los reyes.

Y que levanto la mirada al cielo
a darle gracias porque el gran caudillo
no tiene su sepulcro en este suelo
que empaña de su cuna el claro brillo;
y que dirijo con gozoso anhelo
al Occidente el corazón sencillo,
para decirle “salud” a los hermanos
que guardan los sepulcros castellanos.

Se ha dicho que Carolina Coronado confundió la ubicación de la tumba de Cortés. Es dudoso. Era la escritora lectora voraz de prensa y fueron muchas las noticias que se publicaron acerca del conquistador de Medellín esos años, noticias que informaban también del exacto lugar de su sepulcro. Cortés en este poema no significa Cuba si no América, y Cuba es América, la única ligazón y pertenencia de España con el continente, en la que ya bullían ecos de independencia. En medio de las revueltas de 1848 que parecían saltar de Europa a América, Carolina Coronado expresó:

Cuando los recios vientos se embravecen,
cuando mugen los mares irritados,
cuando estallan con furia los nublados,

cuando las olas borrascosas crecen,
cuando los buques míseros perecen
por las revueltas ondas anegados,
cuando la Europa envuelta en la tormenta
traba en la oscuridad lucha sangrienta,

barca dichosa en medio del Océano,
tú sola vas del huracán segura:
Francia se anega, y en la noche oscura
el rayo incendia el pabellón romano;
y oyes los gritos del naufragio humano,
y te duele tal vez su desventura,
¡ay!, cuando ves de las antiguas zonas
por la espuma del mar flotar coronas
[...]

Y te contemplas tú, y en el espejo
de tus serenos mares retratada,
de la luz juvenil por el reflejo
ves tu belleza pura, inmaculada;
y de la Europa con el rostro viejo
a la fealdad rosa comparada,
entre perlas tu hermoso cuello engríes,
y de lástima acaso de sonríes.

¡Oh!, ¡cuánta es tu beldad, cuál es tu riqueza!
¡Oh!, ¡cuánto es tu esplendor, hija de España!:
por eso están los buzos de Bretaña
asomando a tus golfos la cabeza...
mas no serán ¡oh perla! tu belleza
y tu valor de su codicia extraña;
pues antes que cedérsela al britano
nos tragará contigo el Océano.
[...]

Mas, primero que aquellos que con vida
queden en los desiertos europeos,
recogiendo sus libros y trofeos
irán a tu ciudad esclarecida;
y que, en vez de la historia entretenida
que nos enseñan hoy de los hebreos,

la nuestra en este libro han de enseñarte
“*Vida de Hernán Cortés y Bonaparte*”.
Por eso aguardas tú como heredera
a que exhalemos el postrer aliento,
y ves rodar al pie de tu palmera
nuestras hojas de acacia por el viento;
porque has de trasplantar en tu pradera
a este mundo arrancado de cimiento,
para que en este suelo más fecundo
broten las flores del antiguo mundo.

Por eso alhajas tu preciosa villa
para hospedar a nuestras pobres gentes;
por eso a tus hermanos de Castilla
les preparas caminos relucientes;
por eso de tus mares a la orilla
guardas entre tus palmas reverentes:
¡isla de salvación del pueblo ibero!
las reliquias del naufrago primero.

¡Cortés, Cortés!, que le legó su gloria,
Cortés que prefirió tu cementerio,
la existencia del mundo transitoria
temiendo sabio del anciano imperio,
la tumba de Cortés en tu hemisferio
de nuestra santa unión es la memoria:
¡sus huesos son de nuestra fe la prenda!
¡maldito el indio que sus huesos venda!

El progreso

La denuncia alargada en años (de 1846 a 1872) por la dejadez administrativa que había conducido a la desaparición de la casa natal de Cortés, nos lleva hasta el breve colofón de estas páginas: la militancia de Carolina, con pluma y hechos, en pro el progreso cultural y social de Extremadura, porque en ese progreso también estaba el preservar la memoria con la salvaguarda de su patrimonio.

Esta mujer tan sensible que nos ocupa, escritora, pintora, escultora ocasional, pianista, periodista y pedagoga reflejó en sus versos las inquietudes que la revolvían, los abandonos que le indignaban; sus versos son eco de esa escritora en acción que fue Carolina...

De hecho el aislamiento de Extremadura (también en general de España) y lo desastroso de sus vías de comunicación enervaba a Carolina Coronado que, como no podía ser de otro modo, sabía de la importancia capital que para el progreso económico, social y cultural tenían las buenas comunicaciones. De ahí su calurosa acogida al proyecto del ferrocarril en Extremadura y por eso principiará su poema dedicado a la empresa de vías férreas inglesas en 1846 con estos significativos versos:

Por el terso carril marchen ligeros
los hijos de la rica Extremadura,
vuestras artes y ciencias y portentos
a igualar y vencer con sus talentos.

Y por eso, porque tenía confianza en los talentos de los extremeños, los arengará para que arranquen de sí sus complejos de inferioridad, para que rompan sus miedos, en igualdad hombres y mujeres. En el poema compuesto para la célebre sesión de El Liceo de Badajoz en 1846, el día de la inauguración de la academia, paseará por sus versos a los ilustres hijos de Extremadura: Morales, Donoso, Quintana, Espronceda, Hernán Cortés... Caudillos, sabios, poetas, ilustrados, pintores que en esta tierra había dado a la historia eran el mejor impulso para no creerse inferiores a las demás regiones. Y escribía:

En las armas, las letras y las artes,
cunden por todas partes,
de ingenios extremeños las victorias;
y nuestros pueblos sólo,
los más rudos del polo,
¿habrán de desdeñar tan altas glorias?

¡Tierra bendita!, donde brotan, crecen,
se ensanchan y florecen
los más hermosos troncos de Castilla:
las fuerzas te ofrecemos
con que cultivo demos
a tu nueva y riquísima semilla.

Ábranse los libros, ármense pinceles,
y acudan los donceles
a esta lid a conquistar hazañas;
y vosotras, doncellas,
no os esquivéis por bellas,

que ya no sois a este recinto extrañas.

Sea este un sencillo homenaje a una extraordinaria mujer, embajadora de Almendralejo y de Extremadura, acertada y sensible poeta. Por fortuna no se cumplió lo que ella, tan amante del vaticinio, anunciara en sus versos, en su “Gloria de las flores”:

y aunque un poco más tardía
quiera acercarse la muerte
a la flor de mi poesía
también de la misma suerte
ha de llegarle un día.

Porque otros hombres vendrán
y mi libro carcomido
por acaso no verán,
o de mi ramo querido
las flores desdeñarán.

Y marchito, deshojado
como las flores del prado
y las flores del jardín,
con ellas quedará al fin
mi ramillete enterrado.

En eso, querida Carolina, te confundiste.